

Mi Teniente
¡No Quiero Golpear A Mi Pueblo!

Escrito por:
Julio Mario Espinosa Jiménez

Copyright 2014

Primera edición: 2014

Segunda edición: 2020

© Julio Mario Espinosa Jiménez - 2014

Registro de propiedad intelectual: 10-458-439

ISBN: 978-1091190726

Diseño carátula: Julio Mario Espinosa Jiménez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los autores del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o prestamos públicos.

“Entonces, acercándosele los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Él respondió, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Por eso les hablo en parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden”.

Mateo 13: 10, 11 y 13.

I

La luz de aquella tarde en Turquesia era gris. Era como si el sol tuviera miedo, como si estuviera horrorizado por lo que estaba presenciando. Solo unos tímidos rayos de su luz se filtraban a través de las columnas de fuego negro que se esparcían por toda la ciudad capital, que otrora fuera comparada por algunos, con la antigua Atenas. “La Atenas del pacífico” le decían alguno incautos pseudo intelectuales, ahora dicha Atenas, está reducida a un apocalipsis urbano, a un caos semi dantesco de carros patas arriba, de llantas quemándose en los semáforos, de cascos de policías antimotines en las esquinas arrumados como pirámides en ruinas, de bolillos partidos en mil pedazos; como migajas de pan en el medio de intersecciones, que tan solo horas atrás, estaban llenas de personas que se apresuraban a sus jornadas laborales. Nada quedaba ya, del orden, de aquel orden que obsesiona a aquellos megalómanos que solo gustan de controlar. El orden de los psicópatas, el orden de los picotazos ha fracasado, por lo menos aquí en Turquesia, así ha ido.

El olor de carne quemada y sangre coagulada impregnan el ambiente, los buitres danzan en los aires esperando a que los moribundos mueran, los perros callejeros se dan un festín con los pedazos de carne humana que yacen esparcidos por las calles de la Atenas del pacífico. Y los gatos, con la parsimonia que los caracteriza, beben con sus

lenguas carrasposas, de los charcos de sangre humana que adornan las angostas calles del centro de la ciudad capital.

El palacio del gobierno, donde vivía el déspota en turno, no es ajeno a la destrucción de sus alrededores. Todas las leyes que aprobó él en los últimos días, y que le prohibían al pueblo protestar en frente de cualquier edificio gubernamental, no sirvieron de nada ante la furia de la chusma iracunda, ante la furia de un pueblo asustado y desesperado que ya no tenía nada, y que lanzó a las calles a recobrar todo lo que le había sido robado por aquellos que se esconden tras las instituciones y las leyes.

Desde una de las ventanas del edificio del gobierno, ahora en ruinas, Ernesto observa todo; abstraído y horrorizado derrama lágrimas, todo por lo que luchó se ha ido al demonio. Ya no hay más orden que proteger, ya no hay ovejas que arrear, ya no hay tenientes a los cuales adular, Ahora solo queda él; solo y abandonado, solo con sus pensamientos, con sus miedos, con sus inseguridades, con sus demonios, los cuales se agitan como culebras en medio de su mente. Ernesto siempre tuvo miedo de ser un individuo como su abuelo, siempre se ocultó en el colectivo para no ser él mismo, y ahora, en el medio del apocalipsis, no le queda otra más, que ser él mismo.

-¡Gran puta vida! – Gritó.